

Comarcas de la patria

HISTORIA Y LEYENDA DEL REY DE LA TAGUA

Eusebio Campillo, el amor del Golfo. Un imperio en la selva. El triste ocaso. El sueño de Gonzalo Mejía se ha hecho realidad. Hatos, bananeras, palma africana. El hacha sigue siendo un peligro.

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Cuando en 1939 conocí a don Eusebio Campillo, ya el legendario viejo había entrado en una triste y resignada decadencia. Habitaba una antigua casa de tablas blanqueadas en el pueblecito costero de Turbo. Tenía un pequeño comercio de abarrotes y granos para proveer a los indios de la región que bajaban silenciosamente por los canales, desde sus remotos cultivos del Tigre, con unos cuantos bultos de arroz, un saco de aguacates gigantes y media docena de morrocoyes.

Al igual que los otros comerciantes del mísero poblado, su negocio era —en gran parte— de intercambio con los indígenas.

Alto, moreno, enjuto y arrugado de rostro, en su porte restaba todavía buena parte de la prestancia de otros tiempos. Pero su pujanza, su seguridad, su aire de gran señor de la vida, habían desaparecido juntamente con sus inmensos dominios de rey de la tagua en la selva urabana, y con la gloria de los triunfales días.

Los de hoy se extinguían monótonamente, sin ilusión ni esperanza. Aún en aquella tienda que presentaba tantos claros en la deslustrada estantería y a donde solo llegaba la clientela más pobre y desvalida, después de haber pasado por los almacenes de trapos y baratijas de los Tanios y del señor Bolívar, su autoridad de dueño era mucho menor que la de Eusebito, su hijo, un mulato de cuarenta años, muy apuesto y de gran talante, pero que no logró heredar la garra y la machía de ese progenitor suyo que en los primeros lustros del siglo había sido el amo del Golfo.

Por una desvencijada puertecita abierta al fondo de la tienda, se entraba en las habitaciones del viejo don Eusebio y su hijo. Se desembocaba en un corredor destartalado, y luego en un patio húmedo, lodoso y extenso, horadado por los cangrejos, donde crecían a desgana algunas matas.

Hasta aquel patio llegaba el agua oscura de la cenagosa bahía, en las altas mareas. Dos gallos de riña, rapados y congestionados, ocupaban una

vara de cañabrava tendida entre dos pilares. A veces la tortuga que merodeaba por el suelo, asomaba la cabeza con lenta cautela, cuando los gallos de Eusebito armaban demasiado estrépito.

EL AMO DEL GOLFO

Qué lejanos estaban ya en 1939 aquellos años delirantes del tagüero millonario que ya durante la primera guerra mundial extendía su dominio, prácticamente sin limitaciones, por todos los territorios selváticos que baña el río León y que encierran el Guapá y el Chigorodó en una extensión de muchos kilómetros.

No ha cambiado mucho el lugar exacto donde en 1914 se levantaba la factoría principal de don Eusebio Campillo, y que ahora forma parte de la espléndida hacienda ganadera de "Guapá", a sesenta kilómetros del mar y del pueblecito sudoroso de Turbo, último municipio antioqueño sobre el Caribe. Queda un árbol inmenso, rodeado de maleza, en el lugar mismo donde estuvo emplazada la casa, a las orillas del Guapá, junto a su confluencia con el León. Sobreviven algunas pétreas ruinas y —en medio de los rastros— he visto los dos cilindros carcomidos por el moho de lo que fue un trapiche. Solo esto queda de las primitivas fundaciones de Eusebio Campillo. Y también resquicios apenas visibles de lo que fue el empalado camino que conducía al embarcadero.

Desde allí, desde el borde del agua, el dueño se hacía conducir en palanquín desde su embarcación hasta la casa, a lomo de hombre, después de haber remontado el río León desde las aguas del Golfo. Allí le esperaban sus capataces, sus recolectores de tagua, las mujeres de sol y canela de su serrallo.

Allí gobernaba él como una especie de rústico rajá, al modo de un amo feudal, sin que nadie lo interfiriese. Era el tiempo del "marfil vegetal" que nadie cultivaba. Que se producía, abundante, sin demarcados palmares, en toda la extensión de la selva, listo para ser tomado del suelo húmedo, de entre la manigua exudante y sombría. Nadie se lo disputaba. El mantenía sus peonadas dispersas y las gobernaba con puño de hierro sin que nativo o aventurero se atreviese a sustraer un solo cuezco. La tagua se hacinaba en sus depósitos durante meses y meses en la época de la recolección. Luego él mismo la llevaba a Cartagena, donde tenía sus agentes y de donde efectuaba la exportación.

Esta es la verdad de su lucha y de su aventura. Una verdad que se confunde con su leyenda.

Esta refiere que el hombre gobernaba férreamente a su laboriosa muchedumbre. Que tenía cepos en sus patios para castigar las más leves infracciones. Que ejercía derecho de pernada e imponía, en fin, un implacable vasallaje. Que tenía en su casa una "sala egipcia" decorada al estilo faraónico y que allí, desnudo durante las horas más ardientes de la canicu-

la, se tendía en una tarima cubierta de cojines y a veces dormitaba o bebía mientras dos jóvenes servidoras —una a cada lado— lo refrescaban con grandes abanicos de palma entretejida.

Sus viajes a Cartagena, en el tiempo de los embarques, duraban varias semanas. Durante ellos don Eusebio Campillo dilapidaba el dinero a manos llenas. Luego, a la hora de regresar al Golfo de Urabá, reclutaba dos o tres hermosas compañeras, las dotaba ricamente y se las llevaba a la selva para amenizar los agrestes días y las tórridas noches durante el largo tiempo de la nueva recolección de tagua. Cuando este lapso fenecía las tornaba a la Ciudad Heróica y se ingeniaba, de regreso, un nuevo enganche.

De toda aquella época quedan muchos hijos anónimos que ya hoy pueden ser abuelos. Su único vástago legítimo fue aquel Eusebito mulato, dueño de dos gallos de lucha que después de la bancarrota —cuando ya los materiales sintéticos sustituyeron a la tagua y el viejo perdió todo su imperio— veló por él, reducidos ambos a la tiendecita de Turbo.

EL SUEÑO DE GONZALO MEJIA

A pleno sol, en una plazoleta polvorienta, junto al embarcadero de Turbo, emplazado sobre un pedestal de cemento, se alza un busto del gran ciudadano Gonzalo Mejía. El rostro y el ademán se dirigen a una muchedumbre invisible. Los ojos miran hacia el interior y el brazo derecho tendido señala hacia el mar. Por el ángulo de la camisa entreabierta, se ve el arranque de su pecho poderoso. Su actitud es la misma que le vimos en los balcones y en las plazas públicas hacia fines de la tercera década del siglo, cuando él y Camilo C. Restrepo, emprendieron juntos la cruzada para conseguir una carretera que de Medellín condujese al mar.

Fue aquella una batalla multitudinaria e inolvidable que movilizó a toda Antioquia. Todos los periodistas, todos los oradores, todos los hombres de empresa se produjeron a su manera sobre aquella vía trascendental, cuya apertura conquistaría para aquella sección del país, todo un mundo de posibilidades, incorporando a la economía paisa enormes territorios de selva virgen y un puerto propio sobre el mar Caribe.

Gran parte de esos sueños se han realizado. Miles y miles de hectáreas entre Dabeiba y Turbo han sido colonizadas en el último cuarto de siglo. Cien mil vacunos pacen ahora en las dehesas recién abiertas más allá del río Mutatá, sonoro y cristalino. En las tierras más cercanas al mar crecen extensas plantaciones de banano. Una firma holandesa, asociada a la Compañía Colombiana de Seguros, ha iniciado desde hace varios años grandes cultivos de palma africana que en dos años más rendirán las primeras cosechas. Ya en 1964 será necesario construir las plantas de elaboración.

Hay fundaciones ganaderas tan importantes como la hacienda de "Guapá", fruto de un esfuerzo gigantesco que solo ahora empieza a culmi-

nar. Dos luchadores incansables —los ingenieros Rafael Betancourt Vélez y Gregorio Mejía Ruiz— pusieron en su creación casi media vida de ingente brega.

Estos dos hombres ejemplares fueron —al tiempo que Rafael Bolívar— los primeros domeñadores de aquella agreste comarca. Betancourt y Mejía fueron los realizadores de la carretera al mar, en cumplimiento de un contrato injustamente rescindido, que les costó gran parte de su modesto patrimonio.

Antioquia tiene ahora en Urabá una reserva incalculable. Una realidad magnífica que será más rica y productiva cada día. Lástima que sobre aquella selva maravillosa, surcada de ríos, poblada de maderas preciosas, plena de posibilidades forestales y mineras, no se esté ejerciendo un control técnico verdadero. Pueblos hay como Chigorodó, en el centro mismo de las más valiosas dehesas, que están abocados al peligro más o menos remoto de ver peligrosamente disminuidas las aguas de sus ríos tutelares.

A esta colonización gigantesca le está faltando, como ya en su tiempo le faltó al Quindío, una política seria sobre conservación hidrográfica.

El hacha blasonada y glorificada sigue siendo un peligro.

Hacienda “Guapá”, agosto - 1963.

